

Iritzia

Behatokia

por Koldo Mediavilla



Estar en guardia

El desafío de ruptura, planteado como mandato democrático tras las elecciones de septiembre, vuelve a presentar el problema catalán de manera descarnada y en todo su apogeo

EN esta vida siempre hay que estar en guardia. No es una cuestión baladí. Ni un apriorismo de quien vive obsesionado por la seguridad, la certeza, la certidumbre. No. Es, simplemente la constatación de que en esta vida pasan cosas que creías que, por lógica, no podían ocurrir. Pero suceden.

Lo he sentido en carne propia. Y de qué manera.

Como toca en esta etapa del año, los términos acusan un descenso de las temperaturas. La semana pasada, sin ir más lejos, tuvimos unos días en los que la frescura pasó a ser frío en las horas nocturnas y en el amanecer. No demasiado, pero frío al fin y a la postre. El otoño hacía acto de presencia y aunque el *veranillo* y el viento sur en las últimas jornadas han dado tregua al relente, la nueva estacionalidad me llevó a creer que la etapa de moscas, mosquitos y otro tipo de insectos voladores, había sucumbido. En esa percepción de que el tiempo del insecticida se había acabado por efecto de la pura climatología, bajé la guardia. Y me equivoqué.

Fue un *déjà vu* que en algún otro momento también he relatado. Serían las tres y media de la madrugada –hora cambiada– cuando entre sueños, pude percibir su inconfundible presencia. Varios vuelos rasantes próximos a mi oreja derecha dejaron ese inconfundible

zumbido que causó mi desvelo. Encendí la luz. Lo busqué en los alrededores de la lámpara. No dí con él. Volví a la oscuridad, confiando en que fuera un mal sueño. Pero no. “Elhijoputa” jugaba al escondite. Como víctima propiciatoria, rendido ante una amenaza no prevista, cerré los ojos. “Que sea lo que Dios quiera”. Y me sumergí de nuevo en el sueño. A la mañana siguiente me encontré con las consecuencias. Uno, dos y hasta tres habones en el brazo derecho. Uno más en el nudillo de un dedo y una pequeña hinchazón en el lóbulo de una oreja. Si solo había sido un mosquito, se había puesto la botas. No me pesé al levantarme pero, de haberlo hecho, estoy seguro de que habría perdido, mínimo, medio kilo. Mosquito glotón.

Acribillado, picajoso, con ánimo de venganza, lo busqué por toda la estancia. Estaba decidido a acabar con él. Aunque llevara mi misma sangre. O precisamente por ello. No supe encontrarlo. La amenaza latente seguía escondida. A la espera de que volviera a bajar la guardia. Pero ya no me pillaré desprevenido. Desde hace cuatro noches duermo como un lirón. No me cuesta demasiado. Creo que la dosis de insecticida que aplico a la habitación antes de acostarme me ayuda a entrar en trance de manera inmediata. Y el mosquito, llamado “elhijoputa”, no ha vuelto a dar señales de vida. Espero que el remedio no sea peor que la enfermedad.

Desde que el pasado día 29 de septiembre se celebraran los comicios catalanes, la eferrescencia política causada por la mayoría parlamentaria independentista había, en cierta medida, descendido en notoriedad. Las dificultades de Artur Mas para ser reelegido, la escasa comunicación desarrollada por los partidos y las actuaciones policiales-judiciales contra Convergencia y la familia Pujol, hicieron creer a muchos que el “desafío catalán” se disolvía como un azucarillo en el agua. Nada más lejos de la realidad. Quienes comenzaban a sacar pecho afirmando que las desavenencias entre los independentistas podían conducir a Catalunya a nuevas elecciones, despertaron súbitamente de su ensañación con la presentación de la propuesta de resolución firmada por los grupos de Junts pel Sí y la Candidatura d’Unitat Popular por la que se reclamaba del nuevo Parlament “el inicio del proceso de creación del estado catalán independiente en forma de República”.

El desafío de ruptura, planteado como mandato democrático tras las elecciones de septiembre, volvía a presentar el problema catalán de manera descarnada y en todo su apogeo. La rapidez con la que los defensores de la independencia han decidido tomar posiciones

–pretenden que la declaración solemne sea aprobada el día 9 de noviembre– ha descolocado un tanto las previsiones que sobre el proceso se tenían. En el pacto inicial entre Convergencia, Esquerra, la Asamblea Nacional y Omnium, se hablaba de 18 meses como plazo para el tránsito hacia la “desconexión”. Un tiempo suficiente para albergar la hipótesis de una negociación entre las partes que pudiera reconducir el choque de trenes a una solución pactada. La nueva iniciativa planteada acorta sensiblemente el horizonte.

Las razones para esta inmediatez tal vez puedan encontrarse en las necesidades internas de los patrocinadores de la declaración, que han encontrado grandes dificultades para la nominación del nuevo president. Una cuestión nada baladí ya que lo que está en juego es determinar quién será el capitán de este proceloso viaje hacia la “República catalana”. La consecuencia inmediata de este punto y seguido en el proceso soberanista ha sido la activación en el Estado de un frente unionista que pretende impedir cualquier paso adelante hacia la segregación. El gran beneficiado de todo ello ha sido y será Rajoy, a quien la activación catalanista ha dado la gasolina que no tenía para recuperar su espacio perdido en el liderazgo de la españolidad. Y eso, en clave electoral, puede hacer que el PP haya encontrado un bálsamo para su paulatina debilidad demostrada en todas las encuestas.

La otra opción que refuerza su expectativa en clave demoscópica es Ciudadanos. El partido de Albert Rivera, gracias a su mensaje indisoluble de “patriotismo español” sin matices, gana enteros de cara a los comicios generales de diciembre. Y lo de ganar enteros también tiene que ver con el apoyo soterrado que esta formación parece haber ganado, entre otros, por los opacos líderes del íbex 35, con quienes Rivera ha mantenido discretos contactos. El resto, el PSOE de Pedro Sánchez y el Podemos de Pablo Iglesias, pierden fuelle ante el cara o cruz de unos comicios generales que, a este paso, se convertirán en un pulso entre quienes con mayor vigor defienden la unidad de España y quienes son complacientes con los independentistas catalanes. Rajoy ha echado mano del cumplimiento de

El gran beneficiado de todo ello ha sido y será Rajoy, a quien la activación catalanista ha dado la gasolina que no tenía para recuperar su espacio perdido en el liderazgo de la españolidad

la ley. Una vez más. Y no ha escondido ni tan siquiera la posibilidad de suspender la autonomía catalana. Ha hablado de los nacionalismos como causas y argumentos de guerras y desgracias humanitarias. Y se ha investido de Capitán Trueno al grito de “Santiago y cierra España”. Rivera, por su parte, ha prometido un acuerdo para dejar fuera a los nacionalistas de cualquier diálogo político futuro. Ha amagado con eliminar el Concierto, la Disposición Transitoria cuarta... Hasta ha intentado que el idioma gallego deje de ser oficial en el concello de Ferrol. ¡Ay ama! La que se nos viene encima. Preparémonos para lo peor. Vayamos poniendo sacos terrores para que la inundación que se acerca no nos ahogue. La izquierda abertzale, tan dispuesta ella a propiciar una “via vasca a la independencia”, ha mantenido el argumento de que le propuesta del nuevo estatus propiciada por el PNV no ha sido sino un subterfugio para perder el tiempo. Que el PNV se siente cómodo con la situación actual y que no arriesgará en buscar oportunidades para avanzar en la soberanía de Euskadi. Avanzar, en cualquier caso, supone ganar terreno al ya conquistado. Dar pasos adelante sin el riesgo de caer en el camino a las primeras de cambio.

Decir que en 2015 no se podrán cumplir las previsiones de presentar un texto articulado de nuevo estatus y someterlo a referéndum puede resultar desalentador y hasta frustrante. Sobre todo para quien había comprometido su palabra en ello. Pero una cosa es admitir que el plazo no se cumplirá y otra bien distinta borrarle del propósito. El PNV no lo ha hecho. Es más, última su propuesta, sus alternativas, al tiempo que pide a las demás fuerzas políticas que, de aquí a diciembre, pongan las suyas también encima de la mesa. Para intentar buscar puntos de acuerdo que garanticen el éxito de la empresa.

Volver a situarse detrás de una pancarta será todo lo reivindicativo que se quiera, pero los efectos de esa dinámica resultan conocidos. Treinta y cinco años detrás de las pancartas no han generado ni un solo rédito al autogobierno de este pueblo. La clave del resultado está en articular propuestas posibilistas, capaces de ser llevadas a la práctica. Y, con ellas, concitar acuerdos que puedan ser sometidos a la ciudadanía. Gritar “independentzial” está muy bien. Conseguir, por la vía del derecho, ser menos dependientes, es mucho mejor. Mucho más efectivo. Pero para eso hay que tener no uno, sino los dos pies dentro de donde se decide qué hacer y cómo. Y estar alerta ante lo que pase a nuestro alrededor.